

IRLANDA: LA ISLA VERDE

shulamit goldsmit y miguel ángel granados chapa

¿Cómo llegar a Irlanda?

Situada en el extremo occidental de Europa, Irlanda no figura en los itinerarios turísticos convencionales. Para los viajeros mexicanos, sin embargo, la isla verde tiene muchos atractivos, mas poderosos que el riesgo de encontrar alguna presencia que para muchos es indeseable. A la ciudad capital Dublín, puede llegarse por aire, pero resulta mas atractivo cruzar el estrecho que separa a las dos islas británicas. Nosotros escogimos el trayecto marítimo. Desde el centro de Londres, en la estación Euston partimos en tren hacia Holyhead en Gales. Abordamos el ferry de la Stena Line que es en sí mismo una excelente puerta a la belleza y comodidad que esperan del otro lado. El gigantesco transbordador que traslada decenas de vehículos y cientos de pasajeros ofrece varios restaurantes, bares, salas de estar y miradores. Desde la popa, se aprecia la prolongada estela que deja tras de sí, un verdadero surco espumoso.

El trayecto dura aproximadamente dos horas, durante las cuales resulta de interés ver las familias, los grupos de amigos que desembarcarán en Dum Laoghaire, para nosotros el primer trozo de suelo irlandés, que se nos abre sin grandes trámites burocráticos. Este pequeño puerto es propiamente un suburbio de Dublín, del cual se llega al centro de la ciudad en tren ligero. A bordo tuvimos la primera muestra de la cordialidad servicial irlandesa. Una pareja de adultos mayores nos indicó que debíamos descender en la estación Conolly y se preocupó por mostrarnos su ubicación a través de las ventanillas del tren, empañadas por la lluvia. Su amabilidad los llevó a acompañarnos hasta la calle e indicarnos el paradero de los taxis, escasos en esos momentos por las inclemencias del clima.

\$ \$ T ñP 4 ÷ ∞^ ^ \$ &
F \$ \$ \$ \$ Ñ¬ # \$ % & J o ® © ™ ¬ " ' .
Â . / ' " 5 6 Z [B ® μ - /
9' i • ÷ " ^ 6 7 N P Q R É Ñ © ™ ' ¬ Õ Ò
% & ' > ? Å Ç -

Q

... ..

... ..

Descubrimos mas tarde que hubiéramos podido caminar hasta nuestro hotel, pero ir en taxi nos permitió una primera visión panorámica de la ciudad. En el recorrido sobresalió la gran mole del Parlamento, el serpenteante río Liffey, las espaciosas avenidas y luego las estrechas calles que conducen al centro mismo de la ciudad, con fondas, restaurantes y 'pubs' repletos de gente, sobre todo jóvenes gozando del asueto sabatino. El taxi llegó hasta el hotel Central, en la calle Exchequer donde apenas hacía unas horas, habíamos logrado la reserva, sólo para esa noche.

A la mañana siguiente, una placidez dominguera permeaba las calles principales. Poca gente circulaba y permanecían cerrados la mayoría de los comercios. Después de una hambrienta búsqueda encontramos abierto Flannagan, donde ingerimos un copioso 'big breakfast' irlandés, de huevos, frituras, pan recién horneado y café; los días siguientes el desayuno fue en el 'obligado' Bewley's Oriental Café de Grafton St., cuyo establecimiento original, que data de 1840, muestra una imponente fachada de mosaicos egipcios.

Ya satisfechos, procedimos al cambio de alojamiento. Aun cuando sólo separan aproximadamente 300 metros al Hotel Central del Brooks, sede del resto de nuestra estancia dublinaesa, una cortés recepcionista se ofreció a guiar ella misma el camino. Nuestra terquedad nos hizo rechazar la ayuda, recorrer independientes esa corta distancia y, naturalmente, perdersnos. De nuevo recurrimos a la amabilidad de los transeúntes quienes nos dirigieron a la calle Drury para llegar al Brooks, un hotel a la vez elegante y hogareño.

Al empezar ese mediodía de domingo nuestro recorrido por la capital de Irlanda, buscamos la oficina de turismo ubicada en lo que fue la Iglesia de Sn. Andrés (St. Andrew's Church) que nos proveyó de valiosa información.

Caminando por Dames St., una de las arterias principales, se llega al amplio espacio que ocupa el Trinity College, una majestuosa edificación universitaria, de tradicional arquitectura británica. En una sala que converge al patio central se proyecta el audiovisual The Dublin Experience, un recorrido 'light' por la historia y la fundación de la ciudad. De

mayor interés e impacto es la visita a la magnífica biblioteca del College, que contiene volúmenes de las épocas medieval, moderna y contemporánea, desplegados en libreros de cedro y flanqueados por las figuras de la enorme pléyade de pensadores, literatos y poetas que este bello país ha dado al mundo.

La caminata, bordeando el río Liffey, nos lleva hasta la casa de las aduanas, la majestuosa Custom House y continúa por la calle O'Donnell hasta llegar a Parnel St., una amplia avenida con un florido camellón: al centro, la estatua del heroico general Parnell observa con paternal mirada a sus coterráneos quienes, bajo el tibio sol del boreal verano, saborean como nosotros, una deliciosa nieve. En el lado oriente de la misma calle, nos detenemos en un restaurante, cuyo atractivo reside en su menú casero y en el gran número de alegres y sencillos parroquianos que se encuentran en él. Las expectativas de una sabrosa comida de sopa, pescado con verduras y ensalada, una cerveza helada y un postre, rubricada por un costo moderado, se ven ampliamente satisfechas.

De regreso al paseo turístico, pasamos frente al curioso edificio que alberga a la comandancia de policía La Garda, donde se nos ofrece una explicación superficial de la misma; continuamos por esa vía pasando frente a los talleres del principal periódico de la isla *The Irish Times*, hasta llegar al 35 de la calle George, la casa de James Joyce, el trágico escritor que legó al mundo *Ulises* y *Cartas a un Joven Poeta*.

Enclavado en la Audoens Church, Dublinea es otro espacio dedicado a relatar la historia de este país de verdes praderas, teñidas por la sangre de mujeres y hombres valerosos que han mantenido una lucha ancestral por defender sus ideales religiosos, sociales y políticos.

A un lado, la imponente catedral Christ Church, rodeada de jardines, en los que juegan padres con sus pequeños hijos, se tortolean algunas parejas y otras intercambian carrujos. En el interior, deambulan turistas que admiran los altares, las imágenes, reciben propaganda y al salir, se encuentran con la sorpresa de que deben pagar una cuota por visitar la iglesia.

Graffton St. es una populosa calle peatonal, flanqueada por comercios grandes y pequeños, y casas de cambio que permitirán al visitante darse gusto en librerías, jugueterías, zapaterías, joyerías, tiendas de ropa y de deportes, donde es mandatorio comprar el uniforme oficial de los futbolistas irlandeses.

Varias son las visitas obligadas durante una estancia en Dublín. Una de ellas, sin duda, es la cervecería que produce la famosa Guinness. El edificio alberga una pequeña destilería-muestra, un museo histórico y una galería que expone el enorme e ingenioso despliegue propagandístico que a través de muchas décadas, ha dado a conocer al mundo esta bebida oscura, de blanca y espesa espuma, excitante y reconfortante a la vez.

Por demás interesante resulta, ya en los límites de la ciudad, la antigua prisión Kilmainham Gaol, hoy convertida en museo. Durante el recorrido por las lúgubres galeras, supervisado en todo momento por jóvenes guías, es claro el rencor, vivo aún hoy, por el feroz encarcelamiento y exterminio que llevó a cabo el imperio británico con los patriotas irlandeses.

Para quitar el sabor amargo de Kilmainham, nada como un paseo por Stephen Green, una zona verde enclavada en el centro de Dublín. El deslumbrante verdor de los árboles y setos que dan nombre a este hermoso parque, se ve interrumpido por macizos de flores amarillas, ocre y oro, unos; otros, mezclan pétalos rojos, naranjas y rosados; niños y jóvenes juegan pelota en los prados, y por los senderos, paseantes y ciclistas.

Las calles que bordean Stephen Green son sede de elegantes bistrós y clubes sociales. Con esta referencia abrimos esto el capítulo gastronómico. Dublín cuenta con un gran número de restaurantes; los hay de toda índole y de todos precios. Desde el ya mencionado, casero y económico en Parnel Street, La Mezza Luna en Dames St. para una deliciosa talla de pescado del mar del Norte, el Sand Bank Bistró, ubicado en el céntrico hotel Westbury para saborear un pato a la plancha bañado en salsa de frutas del bosque, el Pier 32 en la Upper Pembroke St. para un típico asado de cordero con papas, el Jasko's para una

espléndida mariscada. Decidimos rociar estas delicias con una muestra internacional de Cavernet Sauvignon: australiano, argentino, francés, chileno, sudafricano...

Por la noche, en el Clontare Castle, un antiguo castillo localizado a las afueras de la ciudad y convertido hoy en hotel y centro nocturno, se presentan las armoniosas voces de 'los cuatro tenores irlandeses'. En su repertorio musical, no falta nuestra emblemática Granada. Es importante para nosotros los mexicanos, tener en cuenta la concepción distinta de horarios de comida, y del 'week-end'. Entre las 4:30 y las 7 de la noche todo permanece cerrado. Hambrientos llegamos al Coopers, al The Commons en la Newman House y nada..... Dos noches, nuestras expectativas por el famoso Freres Jacques se frustraron, ya que 'fin de semana' no incluye ni viernes ni domingo. No es para descorazonarse; en las arterias principales de la ciudad hay consuelo para los despitados: abiertas siempre, las tiendas 'Centra', confeccionan enormes y deliciosas tortas al gusto del cliente con todo lo imaginable (atún, pollo, queso, ensalada, mostaza, crema y ¡hasta chiles jalapeños!). También permanecen abiertos los famosos 'pubs', como el Oliver Goldsmith en Dames St., que sirven tarros de Guines, whisky, 'chips' y ofrecen música folklórica irlandesa hasta las primeras horas de la madrugada.

No sólo la capital ofrece atractivos al turista. Desde la céntrica Heuston, una estación pequeña, moderna, y naturalmente ¡puntualísima!, abodamos el tren que, en dos horas nos condujo a Gallway, una alegre población situada al oeste, en la costa paralelamente opuesta a Dublín.

El paisaje, a través de todo el recorrido de aproximadamente 200 kms., es de planicies, valles y pequeños montes verdes, muy verdes, siempre verdes. Hasta se cree distinguir, en la constante alfombra de clorofila, tréboles de tres y cuatro hojas. Durante el trayecto, en el que se bordea Kildare, Tullamore, Athlone y otros pequeños poblados, algunos pasajeros, curiosos ante nuestra extranjería, buscan conversar, conocer acerca de nuestro país y asesorarnos acerca del suyo.

Al bajar del tren, casi al frente de la estación, se llega a la Plaza Eyre, concurrida y animada, de donde parte la calle principal, la cual seguimos puntualmente para conocer los objetivos principales de nuestra visita: el convento de San. Nicolás y la Catedral que parece edificada en la década de los cincuenta de este siglo y en realidad data del XVII. Después, recorrimos la población entera en busca del Gallway Castle, para encontramos desilusionados con que la modernidad lo convirtió en un banco y ha perdido su carácter de edificio histórico.

Hay que atravesar el río Corrib y rodear las pequeñas casas con jardines de flores multicolores y adornados con duendes y hadas, para llegar al mar. El intenso azul del océano, enmarcado por el verde de la bahía en la que los jóvenes se acarician, reposan los viejos y corren los perros, ofrece un paisaje romántico y nostálgico, a la mejor manera de de las pinturas de Thomas Gainsborough.

Muchos son los atractivos con que Irlanda responde a los anhelos de un turismo deseoso de encontrar bellezas naturales y remembranzas históricas, de disfrutar de buenos hoteles y gozar una deliciosa y variada gastronomía en restaurantes y bares elegantes o sobrios. Por sobre todo, conocer a su gente, amable y deseosa de ayudar a los visitantes que llegan a conocer su hermosa tierra.